

1.2 COLONIZACIÓN DE LA SELVA LACANDONA

Jan de Vos,[†] Marie-Odile Marion[†]

Siglos de historia humana en la región de la Selva Lacandona han dejado huella en el extraordinario, diverso y complejo paisaje de la cuenca media del río Usumacinta. Desde las ciudades monumentales de los antiguos mayas, hasta la colonización dirigida, pero desordenada, de millares de campesinos en el último medio siglo. Narrar esta historia no está en las capacidades del equipo de Natura y Ecosistemas Mexicanos.

Sin embargo, dos historiadores estudiaron con rigor la historia de los últimos cinco siglos y lo hicieron de manera minuciosa, documentada y muy amena: Jan de Vos y Marie-Odile Marion. Los coordinadores de este libro decidimos tomar prestado de estos reconocidos historiadores pasajes de algunos de sus textos publicados en libros poco conocidos. Es una transcripción de diversos párrafos que cuentan la historia por los mejores narradores que han existido de la Selva Lacandona; aunque lamentablemente ya no están entre nosotros, les agradecemos sus valiosas contribuciones.

1.2.1 HISTORIA DE LA SELVA, CRÓNICA DE UNA AGRESIÓN¹

Hacer la crónica de la Selva Lacandona significa inevitablemente dejar constancia de la secular agresión que ha padecido, sobre todo en cuanto a su vegetación milenaria. A fin de entender mejor la proble-

¹ Salvo cuando se indique otra cosa, los párrafos que siguen han sido transcritos del capítulo escrito por Jan de Vos que, con este título, forma parte del libro *Lacandonia, el último refugio*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Agrupación Sierra Madre en 1991, pp. 37-51.

mática actual, vale la pena conocer la historia, desde los primeros síntomas de su transformación, hasta el delicado estado en el que hoy se encuentra. Sin embargo, antes de abordar el diagnóstico propiamente dicho, conviene dar una idea de lo que era esta selva cuando aún no se dejaban sentir los efectos de la civilización occidental.

La Selva Lacandona deriva su nombre de una comunidad indígena que vivía en ella desde la época prehispánica: los lacandones. Durante la colonia, así llamaban los españoles a los indios de Lacamtún. Con este nombre, que quiere decir peña grande o peñón (de *lacam*: grande; y *tun*: piedra), los lacandones designaban la isleta principal de la laguna Miramar, en la que tenían edificada la pequeña cabecera de su extenso territorio selvático.

Los españoles cambiaron el topónimo maya lacamtún por el de lacandón y utilizaron este nombre castellanizado para designar no sólo la isla sino también la laguna y la comarca en su derredor. En el siglo pasado, los monteros que cortaban caoba y cedro en la región ya no usaron el nombre colonial: llamaron a esa parte de la Lacandona Desierto de Ocosingo o Desierto de la Soledad, y la laguna era conocida como laguna Buenavista. Los nombres actuales de Selva Lacandona y Miramar son denominaciones recientes, asignadas por exploradores y madereros en los años veinte [del siglo xx].

Vale anotar que el concepto moderno de Selva Lacandona además de ser botánico y geográfico es también político, puesto que se refiere exclusivamente a la parte mexicana del bosque tropical.

En realidad, la selva se extiende sobre una buena parte de Chiapas y los estados vecinos de Tabasco, Campeche y Quintana Roo, y también del Petén guatemalteco. Era más congruente la concepción colonial, según la cual El Lacandón abarcaba los bosques situados a ambos lados del río Usumacinta.

Durante la época prehispánica, en vez de ser una línea divisoria entre dos países, el Usumacinta constituía una gran avenida fluvial, cuya cuenca vio florecer, de 300 a 900 d.C., una de las culturas más refinadas de América. Surgieron entonces las esplendorosas ciudades mayas cuyas ruinas ahora conocemos con los nombres de Palenque, Bonampak, Yaxchilán, Piedras Negras y Altar de Sacrificios, para citar sólo las más renombradas. Siguen sin tener explicación satisfactoria tanto el porqué de la construcción de aquellos incomparables centros ceremoniales en un ambiente natural tan adverso, como la razón de la abrupta caída de los mismos en el abandono y el olvido.

La desintegración de las ciudades no significó, sin embargo, la desaparición total de la población, la cual siguió viviendo en la selva, aunque en número más reducido y de manera más modesta. Sus asentamientos fueron generalmente sitios fortificados o protegidos por la misma naturaleza, de preferencia en islas lacustres. Sólo cinco de ellos han sido identificados por los cronistas españoles: Topiltepeque, Pochutla, Chambá, Tenosique y Lacamtún. Sin duda, hubo algunos más que no llegaron a dejar huella en la historiografía de los vencedores.

De los cinco conocidos, los tres primeros pronto fueron reubicados junto a pueblos mayores en la orilla de la selva y dejaron de existir como entidades autónomas. Lacamtún resistió durante más de siglo y medio a los conquistadores, antes de desaparecer también del mapa de Chiapas. Tenosique es el único que sobrevive, aunque sus orígenes mayas apenas se reconocen en el pueblo mestizo que hoy prevalece.

Entre los antiguos habitantes de la selva, los indios de Lacamtún merecen, sin duda alguna nues-

tra especial admiración. No sólo dieron a la Selva Lacandona su nombre, sino que mostraron un coraje excepcional al defender su libertad frente a los españoles, quienes lanzaron contra ellos no menos de cinco campañas militares —en 1530, 1559, 1586, 1640 y 1695— y sólo en la última lograron quebrar el espíritu indómito de sus adversarios.

Vale recordar aquí el pequeño pero poderoso señorío que los lacandones llegaron a crear en el sur de la selva. Desde antes de la llegada de los españoles estos indígenas eran temidos por las sangrientas incursiones vecinas para abastecerse de mujeres, esclavos y víctimas de sacrificio. Pero también eran campesinos expertos que elaboraron un sistema agrícola de alto rendimiento y admirablemente integrado al medio ambiente.

Por ser reducidos en número y disponer de un territorio relativamente extenso, podían escoger las mejores tierras para sus sementeras y dejarlas descansar el tiempo que quisieran. Sus milpas eran por lo general más productivas que las de los indios colonizados, ya que combinaban el cultivo de la tríada sagrada de maíz, frijol y chile, con la siembra de toda clase de verduras y frutas tropicales. Esta dieta variada recibía aún mayor diversificación gracias a la pesca y a la caza, en aquella época todavía muy abundantes.

Este sistema agrícola fue practicado también por los grupos indígenas que, a partir del siglo xvii, penetraron en la selva desde El Petén y el sureste de Campeche. Estos inmigrantes llenaron poco a poco el vacío que habían dejado los indios Pochutla y Topiltepeque, reubicados fuera de la selva, y los indios de Lacamtún, aniquilados a raíz de su conquista en 1695. Recibieron de los españoles y criollos de Chiapas los nombres de “caribes”, es decir, salvajes, o de “lacandones”, por haberse convertido en los nuevos pobladores de El Lacandón.

Los recién llegados se diferenciaban de los antiguos indios de Lacamtún sobre todo por su lengua, que era un dialecto del maya yucateco, y también por su modelo de asentamiento, que se reducía a



Lacandones, fotografía de Desiré Charnay, ca. 1882.

campamentos pasajeros, aislados unos de otros y compuestos por unas cuantas familias.

Mostraban, sin embargo, la misma habilidad en aprovechar al máximo los recursos ofrecidos por su entorno. La milpa caribe, ahora en proceso de desaparición, ha llamado la atención y ha sido la admiración de los antropólogos y agrónomos que tuvieron la oportunidad de estudiarla.

La Selva Lacandona fue una región bastante bien explorada durante los siglos XVI y XVII, gracias a las múltiples expediciones organizadas (por los conquistadores españoles) contra los indios de Lacamtún. En cambio, en los siglos XVIII y XIX volvió a ser terreno desconocido, sobre todo para el gobierno de Chiapas, a pesar de su fabulosa riqueza forestal, vislumbrada ya a partir de 1825. Fue tal el desinterés oficial, que los mapas del estado, levantados en 1856 y 1889, representaron

a la selva como una mancha blanca, con la inscripción "Desierto incógnito poseído por los lacandones".

Solo a partir de 1885, cuando se iniciaron los trabajos de deslinde para fijar los límites entre México y Guatemala con base en el tratado de 1882, los ejecutivos federales y estatales comenzaron a darse cuenta de la importancia de aquella región fronteriza. Hasta entonces, la línea divisoria tradicionalmente aceptada era la barrera natural formada por el río Lancatún y parte del río Usumacinta. Es decir que la zona ahora conocida como Marqués de Comillas estaba bajo el control administrativo de Guatemala.

Debido a su relieve accidentado y a la inexistencia de caminos, la selva era prácticamente inaccesible para los chiapanecos. En cambio, para los habitantes de Tabasco y El Petén consti-

tuía una región relativamente abierta. Se podía entrar en ella desde Tenosique, remontando el río Usumacinta, o desde Sayaxché, bajando el río La Pasión.

En el año de 1860 Felipe Marín, un comerciante de Balancán, echó 72 trozas de caoba y cedro al río Lacantún y recuperó más tarde 70 de ellas en Tenosique. Este experimento fue el detonador de la explotación maderera a la que ha sido sometida la selva desde entonces y por la que sigue siendo mutilada hasta el día de hoy.

A partir de ese año, unos pocos tabasqueños empezaron a establecer pequeñas monterías en las orillas de los ríos Usumacinta, Lacantún y La Pasión, pidiendo los permisos para estas dos últimas zonas en la ciudad de Flores, Petén. En la década de los sesenta, estas modestas negociaciones se multiplicaron, sobre todo en la cuenca del Lacantún, sin duda la reserva caobera más rica. Sin embargo, el número de empresas no rebasa la quincena y el promedio de árboles cortados cada año por cada montería no excedía los 200 troncos.

En aquella época (1860-1880), la parte oriental de la Selva Lacandona no era considerada ni reclamada por el gobierno de Chiapas como parte del territorio del estado. Tabasqueños y peteneros acostumbraban repartir entre sí la jurisdicción sobre la cuenca del río Usumacinta, aceptando como línea divisoria el arroyo de Yalchilán, que desemboca en el Usumacinta frente a las ruinas conocidas ahora bajo el mismo nombre ligeramente alterado (Yaxchilán). El norte de la cuenca correspondía a Tabasco, y el sur a El Petén.

En 1880 se produjo un cambio notable en la selva. Entraron en escena tres poderosas compañías con sede en la ciudad de San Juan Bautista, la antigua capital de Tabasco: Bulnes Hermanos, Valenzuela e Hijos y Jamet y Sastré. Estas empresas hasta entonces habían cortado caoba y palo de tinte en el litoral tabasqueño, pero, preocupadas por el inminente agotamiento de las reservas en Tabasco, decidieron abrir un segundo frente de explotación en la Selva Lacandona.

Las tres casas se lanzaron, al mismo tiempo, a la conquista de las cuencas fluviales en donde la madera preciosa era más abundante: Bulnes en los ríos Jataté y Chocoljá, Valenzuela en los ríos San Pedro Mártir y Usumacinta, Jamet y Sastré en los ríos Lacantún, Chixoy y La Pasión. Las dos últimas tuvieron la mala suerte de establecer sus monterías en los ríos que formaban la frontera entre México y Guatemala y se vieron involucrados en la cuestión de los límites que envenenó, de 1882 a 1895, las relaciones entre los dos países.

El mismo problema afectó a la casa Romano y a la casa Schindler, dos empresas madereras que iniciaron cortes a partir de 1892, la primera en el río Tzendales, la segunda en el Alto Usumacinta. Las rivalidades entre las cinco casas tabasqueñas agudizo de tal manera el conflicto internacional, que el gobierno mexicano, en la persona de Porfirio Díaz, casi llegó a declarar la guerra a su vecino guatemalteco. La calma regresó gracias a un arreglo logrado en 1895.

A partir de esa fecha se inició la época de oro de la caoba lacandona. La política económica liberal, propulsada por el régimen porfiriano, fijó las condiciones ideales para que los capitalistas extranjeros invirtieran en el país grandes sumas de dinero. La extracción de la madera preciosa participó de lleno en ese proceso. Más aún, hubo pocas industrias "vendidas al extranjero" como las que se dedicaron al corte de la caoba.

En 1897 y 1898, las cinco compañías mencionadas consiguieron del gobierno federal contratos de arrendamiento y explotación de los terrenos en donde estaban trabajando desde hacía años con base en permisos locales. A ellas se añadieron cinco candidatos más: Maximiliano Doremberg en la cuenca del río Tulijá; Troncoso-Cilveti en la cuenca del río Chocoljá, y Ramos, Ocampo y Martín en la zona formada por los ríos Lacantún y Chixoy y el vértice de Santiago.

Al concluir el siglo XIX prácticamente todos los terrenos de la selva bañados por ríos capaces de llevar a flote las trozas en las épocas de creciente estuvieron en manos de compañías particulares, en



Primeros habitantes en Chajul, 1979. JME

forma de concesiones temporales para la explotación de la madera preciosa. Ésta operaba mediante cuatro oficinas: la sede principal en San Juan Bautista; una central en la concesión forestal, una casa en Tenosique para el embalse y una sucursal en Frontera para el embarque.

En el terreno mismo, cada empresa disponía de un número indefinido de monterías. Los métodos de trabajo utilizados eran primitivos: el árbol era tumbado con el hacha, arrastrado por tiros de bueyes y transportado a flote por la corriente de los ríos. Las condiciones de los trabajadores eran sumamente duras; los peones vivían en una semiesclavitud, amarrados al campamento por las deudas, por más de 100 km de vegetación casi imposible de franquear.

En este panorama intervino un nuevo elemento en 1902, al abrirse la selva a la política deslindado-

ra. Invocando la Ley de Deslinde de 1894, dos industriales del Distrito Federal, Rafael Dorantes y Luis Martínez de Castro, pidieron al gobierno permiso para explorar, medir, enajenar y fraccionar la selva. Ante la amenaza de perder sus zonas de explotación, las casas madereras tabasqueñas decidieron entonces convertirse en compañías deslindadoras.

De esta manera, Romano, Valenzuela, Sudoriental (sucesora de Troncoso-Cilveti) y Agua Azul (sucesora de Schindler-Gabucio) se hicieron propietarias de los terrenos que antes sólo tenían en arrendamiento. El resto de la selva cayó en manos de los señores Doremberg. Dorantes y Martínez de Castro, todos empresarios del Distrito Federal, y del Marqués de Comillas, un noble español.

El impacto de esta "privatización" fue tal, que hasta tiempos muy recientes los mapas y estudios

geográficos sobre la entidad siguieron utilizando las divisiones prediales nacidas en la primera década del siglo xx. Más aún, hasta el día de hoy se continúa identificando la zona más sureña de la selva con el nombre de su antiguo dueño: Marqués de Comillas.

Igual que en otras partes del sureste, la Revolución produjo en la selva un cambio profundo. En 1913 tropas constitucionalistas provenientes de Tabasco llegaron a las monterías para liberar a los peones; dismantelaron varios campamentos, pero no lograron acabar con todos. Una vez retirados los soldados, las compañías reanudaron los cortes. Sin embargo, el proceso de producción quedó seriamente afectado, no sólo por la revuelta nacional, sino también por el estallido de la guerra mundial y, como consecuencia, la pérdida del mercado europeo.

A partir de 1915, la extracción maderera entró en un lento pero irreversible receso, caracterizado por la desaparición de las grandes empresas a cambio de compañías más modestas, que a su vez dejaron de funcionar después de unos cuantos años. Los latifundios sufrieron la intervención del gobierno; algunos de ellos fueron fraccionados, otros nacionalizados. Los métodos de trabajo no cambiaron sustancialmente y las condiciones laborales empeoraron aún más.

Esta decadencia progresiva llegó a su fin en el año de 1949, cuando el gobierno mexicano decidió prohibir la exportación de madera en rollo, clausurando con esta medida un negocio lucrativo de más de 70 años. A partir de ese momento la Lacandona volvió a ser tierra virgen, aunque mutilada por el saqueo parcial de su riqueza forestal. De nuevo fue terruño exclusivo de los cuatro centenares de indios lacandones, perdidos en la inmensidad del bosque tropical.

La calma que había regresado tan repentinamente a la selva fue rota, de manera no menos inesperada, cinco años después. En el mismo año de 1949, la Vancouver Plywood Company, una de las empresas madereras más poderosas de Estados Unidos, decidió aprovechar industrialmente la par-

te norte de la Lacandona. Interesó a un grupo de mexicanos del Distrito Federal con el objeto de adquirir esa zona forestal, para construir posteriormente una sociedad por acciones y por medio de ella tramitar ante el gobierno federal el permiso de explotación de la selva.

La nueva sociedad se fundó en enero de 1951 con el nombre de Maderera Maya y, gracias a los esfuerzos de su director, Pedro del Villar, se convirtió, tres años después, en dueña de un latifundio que abarcaba 420 262 hectáreas de terreno boscoso, repartido entre 80 socios. Durante la siguiente década, de 1954 a 1964, en vano trató de conseguir la autorización federal para una planta capaz de procesar las maderas tropicales. El gobierno alarmado por una posible monopolización por el capital extranjero, rehusó aprobar el proyecto.

Maderera Maya no sólo sufrió reveses en las oficinas gubernamentales. En la selva misma se vio contrariada, a partir de 1954, por una creciente ola de colonos indígenas y mestizos, decididos a penetrar su latifundio desde el oeste y el norte. Estos invasores venían respaldados de alguna manera por el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, que desde 1950 estaba efectuando un nuevo deslinde de la selva con el fin de nulificar los títulos de propiedad expedidos durante el Porfiriato, convertir a la selva de nuevo en tierra nacional y abrirla a la colonización.

Las intervenciones de las autoridades centrales en la Selva Lacandona se iniciaron como parte de la famosa "Marcha al Mar", proyecto lanzado por el presidente Manuel Ávila Camacho pero retomado con nuevos ímpetus por su sucesor, Miguel Alemán.

Con el propósito de integrar las tierras ociosas del sureste a la vida económica del país, el gobierno diseñó una política de colonización de terrenos nacionales.²

A partir de 1960, los campesinos y ganaderos intensificaron notablemente la penetración por el

² Jan de Vos. 1997. "Una tierra para sembrar sueños", en *La Selva Lacandona*. México, Pulsar.



Niños originarios de Guerrero, en Chajul, 1981. JME

norte y abrieron dos nuevos frentes, uno desde Margaritas, por la cuenca del río Santo Domingo, y otro desde Ocosingo, por la cuenca del río Jataté y las cañadas contiguas. En su mayoría eran indígenas expulsados de sus pueblos por la falta de tierra cultivable y las inhumanas condiciones de vida en las fincas de Los Altos.

El gobierno de Chiapas, en vez de enfrentar y solucionar el problema agrario *in situ*, fomentó aquella salida espontánea a la selva como una oportuna válvula de escape. De esta manera, mucha gente abandonó sus comunidades tradicionales situadas en la sierra para irse al *Qu'ixín Qu'inal* —la Tierra Caliente— con la convicción de que todos aquellos terrenos baldíos no tenían dueño y de que las autoridades estarían felices de verlos ocupados y aprovechados.

No cabe duda de que estos colonos iniciaron, a partir de 1954, la destrucción de la selva. En 1964, encontraron un aliado en la empresa Aserraderos Bonampak, una compañía campechana contratada por Maderera Maya para extraer madera con maquinaria moderna. Con ella no sólo se aceleró vertiginosamente el ritmo del corte y transporte de los árboles, sino que también se abrieron grandes brechas hacia zonas hasta entonces inaccesibles. Más y más gente se instaló a la orilla de estos caminos según fueron avanzando los campamentos de explotación.

De 1964 a 1974, madereros, campesinos y ganaderos construyeron así tres frentes de destrucción que se unieron para devastar, en un tiempo récord, la parte norte de la selva. El gobierno federal, por otro lado, no encontró inmediatamente la política

adecuada para poner un alto a la agresión. En 1967 declaró como propiedad nacional una extensión de 401 959 hectáreas con el fin de propiciar en el sur de la selva una colonización dirigida mediante la creación de nuevos centros de población, en especial en la antigua propiedad del marqués de Comillas.

Otra medida, mucho más drástica, fue la creación, en 1972, de la llamada Zona Lacandona, con una superficie de 614 321 hectáreas, proclamada "tierra comunal que desde tiempos inmemorables perteneció y sigue perteneciendo a la tribu lacandona". Después de cerrar así la parte céntrica de la selva a toda forma de penetración humana, el gobierno estableció en 1974 la Compañía Forestal de la Lacandona (Cofolasa), con el fin de quitar explotación maderera a la iniciativa privada y ponerla en manos de la Federación y del estado de Chiapas.

De todos los sueños que se sembraron en la Selva Lacandona, el de los campesinos que la colonizaron en el último medio siglo es, sin duda, el que mayores consecuencias tuvo para la región. La presencia humana en ella nunca había faltado, pero siempre había sido muy reducida: los antiguos lacandones no rebasaban los 5 000, los caribes no llegaban a los 500, los monteros constituían una población flotante que iba y venía al ritmo de la extracción maderera. Pero los grupos de campesinos que fueron expulsados de sus lugares de origen por la miseria e inducidos a la colonización por la política oficial, llegaron para quedarse... y multiplicarse. En 1950 la población de la Selva Lacandona no rebasaba los 1 000 habitantes, repartidos en una docena de asentamientos humanos, entre caribales lacandones y colonias fundadas en la década de los cuarenta por indígenas tojolabales y tzeltales. Ahora su número ha crecido hasta llegar a los 150 000 colonos que viven en más de 500 poblados, según tres diferentes sistemas de posesión: la comunal, la ejidal y la privada.^{3,4}

³ Jan de Vos. 1997. "Una tierra para sembrar sueños", en *La Selva Lacandona*. México, Pulsar.

⁴ La Comunidad Zona Lacandona dotada en 1972 a la etnia lacandona recibió en 1974 a dos grupos indígenas con quienes compartió el territorio. Así se fundó la población de Velasco

Finalmente, en 1978, se hizo un nuevo intento de proteger el núcleo de la selva contra la tala immoderada mediante la creación de la Reserva de la Biosfera de Montes Azules, con una superficie de 331 200 hectáreas.

Estas cuatro medidas fueron las únicas que se plasmaron en documentos publicados en *Diario Oficial*. Hay que añadirles una serie impresionante de proyectos y programas que emanaron, de 1960 para acá, de decenas de instituciones gubernamentales del estado de Chiapas y de la Federación. Estudiándolos en su conjunto y tratando de entender la estrategia de cada uno de ellos es imposible no llegar a la conclusión de que la política oficial ha sido poco definida y a veces francamente contradictoria.

Los tres principales frentes de destrucción —campesinos, ganaderos y madereros— no han dejado de avanzar sobre las reservas forestales de la selva. En la medida en que aumentan los pobladores, disminuyen los árboles; ya existen más de 300 asentamientos humanos⁵ entre ranchos, ejidos y otros centros de población. Muchos de ellos no tienen resuelta la propiedad de sus parcelas y tampoco disponen de los recursos necesarios para poner en práctica otros cultivos que permitirían aprovechar racionalmente la vegetación y la fauna.

La Selva Lacandona padece hoy día dos grandes enfermedades: la destrucción del medio y el desamparo de la gente. No puede curarse si ambos males no son atacados al mismo tiempo y con igual energía. Y esto no es posible si no se respetan simultáneamente las exigencias de la naturaleza y las necesidades de la población. Encontrar soluciones rápidas y adecuadas a esa doble problemática es el reto que enfrentan los que tienen la visión científica, la capacidad técnica y el poder político para tomar cartas en el asunto.

Suárez (hoy llamada Nueva Palestina) con un grupo original de 852 comuneros tzeltales y Frontera Echeverría (hoy llamada Frontera Corozal) con 601 comuneros choles.

⁵ Este dato de 300 comunidades difiere del mencionado antes de 500 comunidades debido a que transcurrieron seis años entre los dos textos.

1.2.2 EPÍLOGO⁶

Los pueblos de la selva constituyen un mosaico humano, cultural y étnico que da la mayor relevancia al nicho natural que han elegido para sobrevivir, después de los múltiples tropiezos que enfrentaron en el transcurso de su convulsionada historia. Tierra de refugio, tierra prometida, tierra de exilio, la Selva Lacandona seguirá siendo la tierra de todas las esperanzas, a condición de que se logre asegurar en ella los espacios de convivencia social, de tolerancia política, de respeto cultural, y de que se mantenga el equilibrio ecológico que asegurará la reproducción armoniosa de todos los seres que en ella siguen buscando el bienestar.

⁶ Marie-Odile Marion, 1997. Los pueblos indígenas de la Selva. En *Selva Lacandona. Un paraíso en extinción*. México, Pulsar.

Cada cultura expresa a su manera sus formas muy particulares de interacción social, con el medio ambiente y con el cosmos que la envuelve. Es una variedad de expresiones y de formas de interacción, todas tan profundamente mayas —y a la vez tan específicas— que hacen de la Selva Lacandona un espacio privilegiado, en donde surgen y florecen grandiosas manifestaciones de la sensibilidad y del conocimiento humano. Es de esperar que sabremos aquilatar un patrimonio tan extraordinario y asegurar un futuro fasto a los hombres que lo reproducen y al medio del que viven. El porvenir nos dirá si estuvimos a la altura de un reto de tan trascendentales consecuencias.



Ejido Boca de Chajul, 2015. JME

